

echado de menos, no se ha sentido desgraciado a causa de la separación! Ha visto el sol y el mar, pero sus ojos también han mirado a otros ojos y todavía brillan con los reflejos de esos ojos nuevos. Debe tener otro amor.

Tekla vuelve a casa y se refugia en la cama durante ocho días. Luego se levanta como si nada hubiera ocurrido, con vigor y decisión. Todos los días, a su hora habitual, camina por Själagårdsgatan como si fuera a un trabajo. Y así continuó todo el invierno hasta despuntar la primavera.

La mañana de Pentecostés brillaba intensamente sobre la isla de Gråmunkaholmen, donde se hallaba amarrada una hilera de esquifes recién alquitranados. Gentes ataviadas con ropas festivas bajaban por la colina, dispuestas a embarcarse en excursiones por el lago Mälaren. Oficiales con rosas en el sombrero, burgueses con el almuerzo bajo el brazo, mozos de almacén enarbolando sus chirimías, amas de casa con tocados color verde loro y collares de perlas, niñas enfundadas en mantos rojos, niños armados de pelotas y peones, porteadores vistiendo cueras de alce, caballos de tiro con florecidas ramas de cerezo adornando el yugo, soldados escoceses, cofrades y miembros de consejos gremiales agitando banderas al viento: todos se movían frente a las pasarelas en un torbellino multicolor. Los guijarros crujen, los marineros gritan, las campanas de los barcos suenan, los remos chapotean en el agua. La campana de la iglesia de Gråmunkaholmen da las nueve, y a ella responden todas las campanas de las iglesias de la ciudad y las afueras tocando a maitines. El sofocante sudor, el embriagador aroma a lilas, el envolvente perfume de cerezos se condensan en una nube que pende sobre esa muchedumbre animada e inquieta que ha emergido de talleres lóbregos, de almacenes llenos de

humedad, de cocinas humeantes, de cuartos infantiles de aire viciado, para respirar el aire del mar, y que ahora pugna por subirse a bordo de esas embarcaciones engalanadas con banderas y flores.

El más espléndido de todos esos barcos prestos a zarpar es la gran galera llamada El León Fiero, pintada de azul con una línea de flotación color bermellón. Sus escaleras de cuerda van guarnecidas de un sinfín de banderas, y de entre las partes superiores de los mástiles sobresalen estandartes; grandes ramas de abedul enmarcan la cubierta de popa como formando una pérgola. La cubierta ya rebosa pasajeros, miembros de la Guilda de San Canuto, que han alquilado el barco para ese día de celebración. Los caballeros, con grandes cintas anchas de seda en blanco y rojo y las insignias del gremio en el pecho, corren de acá para allá preparando los asientos para sus esposas, y cuando elevan la pasarela, los musicantes empiezan a tocar desde la barrera. Cuando la galera retrocede en compañía de otras diez, las músicas se entremezclan y se anulan unas a otras.

Medio aletargada, Tekla va en la cubierta de popa con su madre, mientras que su padre se halla abajo en el camarote, ocupado con los preparativos, en compañía de los grandes maestros y consejeros de la guilda. Tras haber examinado el calzado y la ropa de las demás señoritas a bordo, ya ha llegado a la conclusión de que se halla entre gente que le es indiferente. Su tez presenta un tono pálido, y la luz que penetra a través de las frescas hojas de abedul proyecta una sombra verdosa que confiere a su rostro un cierto refinamiento enfermizo. Sus grandes ojos oscuros de pupilas dilatadas se posan sobre un clavel rojo que sobresale del follaje. Parece como si no supiera qué hacer entre todas esas personas extrañas; ha venido para evitar quedarse sola en casa y, de paso, hacerse con un vestido nuevo. Su madre guarda silencio, sobrecogida por el miedo de verse, por una vez, arras-

trada fuera de su agujero, lacerada por la fuerte luz del día.

En esos momentos la galera surca la bahía a toda vela; a través de las ramas de abedul se divisan riberas verdes salpicadas de casas blancas, embarcaderos coronados con astas de bandera, ventanales de invernaderos, alamedas, cabañas rojas en medio de bosques blancos de abedules, campos verdes de centeno y prados color amarillo canario. Frescas y encrespadas olas salpican el casco del barco, y un cielo azul aciano se cierne sobre la tierra y el agua. Tekla veía pasar esas imágenes a la par que sentía la brisa marina refrescándole con suavidad las sienes y se mecía al compás bamboleante de la música, inductor de un estado de calma y armonía que proporcionaba a su rostro una expresión de paz y satisfacción. En ese momento oyó una voz desconocida que se dirigía a ella desde un costado.

Alzó la mirada. Allí, frente a sus ojos, estaba el joven moreno con una ancha bandolera amarilla ceñida al pecho, tendiéndole una escarapela.

—¡Pero mira por dónde! ¿Es usted? —exclamó sorprendido—. ¡Pensar que íbamos a encontrarnos una vez más en nuestras vidas! Con la de veces que he pensado en detenerme en la calle, sin atreverme a hacerlo. ¿Me concede el honor de presentarme a su señora madre?

Y con una cortés reverencia, se presenta a su madre:

—¡Mi nombre es Robert Clement! La señorita Tekla y yo fuimos compañeros de confirmación en la iglesia de San Gertrudis. Por favor, acepte esto —añadió alargándole otra escarapela.

Tekla no había podido pronunciar palabra, y su madre tampoco sabía qué decir.

El señor Clement repartió sus insignias y volvió a las dos damas.

—¿Le apetecería tal vez subir al puente para contemplar las vistas? Acabamos de llegar ante las hermosas riberas del estrecho de Bockholmsund.

Tekla miró a su madre, quien asintió con la cabeza algo somnolienta, abatida por la brisa marina a la que no estaba acostumbrada.

El señor Clement se adelantó y Tekla siguió sus pasos. Le primera impresión recibida era la de que él se expresaba de una manera educada, aunque su voz no era exactamente la que había imaginado. Sin embargo, algo reconfortante residía en el hecho de que él se hubiera presentado como antiguo compañero suyo. Al dirigir la memoria hacia aquellos recuerdos y emociones comunes, él había, digamos, echado un paño caliente sobre los hombros de ambos, bajo el cual caminaban a salvo de las inclemencias que pudieran presentarse en la conversación; había establecido un vínculo entre ellos.

—Espero que no me tome por un entrometido —declaró él cuando llegaron al puente.

—¿Cómo puede usted pensar eso? —respondió ella—. Si hemos sido compañeros de confirmación.

Habiendo descubierto ya la milagrosa fuerza de la palabra «compañeros», Tekla sintió de nuevo el efecto que producía en él al pronunciarla, cómo aumentaba su confianza y lo volvía extremadamente educado. Después de haberle acercado una silla, su acompañante le mostraba ahora el paisaje.

—¿Había usted navegado antes por el Mälaren? —preguntó.

—No, nunca —respondió Tekla, lo que pareció complacer al señor Clement.

—¿Sabía que este lago interior —continuó— es más grande que el lago de Constanza y que alberga mil trescientos islotes e islas? ¡Piénselo, señorita, mil trescientos!

—¡Oh! —exclamó Tekla, sorprendida por la erudición del señor Clement.

—Y ahora estamos cruzando el estrecho de Bockholm-

sund. ¿No son hechizantes estos pequeños islotes redondos flotando en el agua, cubiertos de verde hasta las orillas? Mire, señorita Tekla, observe esos alisos que crecen hasta adentrarse en el lago, hasta la zona en que los juncos toman el relevo. ¿No es hermoso?

A Tekla ciertamente le parecía muy hermoso todo aquello, pero habría preferido que la charla de él discurriera por otros derroteros; que hablara de ella, de sí mismo. En cambio, se hallaba absolutamente fascinado con la naturaleza que los rodeaba. ¿O recurría a ese tema de conversación para evitar que sus palabras fueran conducidas hacia regiones menos seguras? Era como si él quisiera atrapar con sus manos todos esos parajes, toda esa espesura que ella hasta ahora no había podido disfrutar, y ofrecérselos en bandeja. Sus expresiones sonaban forzadas, se afanaba en buscar vocablos llenos de sugestión, como buscando dirigir la atención de su oyente hacia otra parte mientras él se escondía; parecía que anhelara dar rienda suelta a su entusiasmo, siempre y cuando el objeto del mismo no adivinara su fuente.

Tekla también dio rienda suelta a su entusiasmo, se emocionó ante todo lo que aparecía ante sus ojos, ya fuera la torre de una iglesia, un molino de agua o una barcaza de madera; y pronto el deleite de ambos resonó al unísono, como si los hubieran afinado en la misma clave aunque en diferentes tonos. La armonía de su regocijo era tal que uno sólo necesitaba rozar con suavidad una cuerda para arrancar un acorde completo de los labios y ojos del otro. Cuando los dos jóvenes hubieron tocado a dúo durante un buen rato, el señor Clement se sintió incómodo y ralentizó su discurso. Después de haber echado mano de varios nuevos temas de conversación, se apresuró a pedir permiso para ir a buscar a la madre de Tekla. El permiso le fue concedido, de modo que pronto regresó con la anciana y convidó a ambas a ja-

rabe de violeta y naranjas amargas confitadas. Ahora que la madre se había unido a ellos como una oyente agradecida que no paraba de asentir con la cabeza, daba la sensación de que hubieran encontrado una nueva nota clave, de manera que brotaban nuevos acordes y con mayor resonancia. El señor Clement les habló del teatro de la Guarida del León y de sus actrices francesas; de la guerra contra los daneses y de las nuevas fábricas de vidrio; del último duelo librado y de la comisión para la expropiación de propiedades nobiliarias. Todo lo que contaba sumía los sentidos de Tekla en un estado de deliciosa paz. No teniendo mucho que decir en respuesta, ni se molestaba en entender su verborrea; tan sólo dejaba que ésta le acariciara el oído como una exquisita melodía.

El día fue avanzando poco a poco, hasta que la galera entró en la bahía de Kaggeholm y llegó a la finca donde iban a celebrarse las festividades. El señor Clement se despidió de sus invitados —Tekla, la madre de ésta y el alguacil, a quien ya había tenido el gusto de conocer en el camarote—, no sin antes rogarles le concedieran el honor de reunirse con ellos más tarde, ya que, en cuanto miembro de la guilda, le aguardaban ciertos quehaceres que atender a continuación.

Los pedreros de la galera dispararon una atronadora salva, y, desde un alto promontorio coronado por un cenador, fueron respondidos por una bengala y, más tarde, por una andanada de mosquetes. La banda de música acometió una marcha festiva, se largaron amarras y, acompañado de los hurras de una muchedumbre de campesinos, el barco fondeó junto al atracadero de la finca. Tras desembarcar, los pasajeros caminaron en procesión, entre música y estandartes, hasta la casa solariega, donde el conde los saludó con toques de trompeta, recibiendo los agradecimientos de los miembros de la guilda por su amable hospitalidad al permitirles usar su parque para la fiesta.

El conde les devolvió las gracias desde su balcón con una sonrisa benevolente, cuyo aire de condescendencia molestó a Tekla. Desde allí marcharon hacia un risco que se erigía junto a la orilla, lugar en que habían levantado el monumento conmemorativo del gremio y donde el capellán ofreció una breve oración, después de lo cual un nuevo toque de trompeta les informó de que la cena estaba servida.

Bajo la alta bóveda de los tilos, las mesas se hallaban cubiertas por cien manteles, y las copas de vino reflejaban los adornos plateados de los cálices ceremoniales propios de la guilda.

Tekla, que jamás había visto algo tan espléndido, por un momento olvidó la cercanía del conde y de la mansión. El señor Clement estaba sentado justo frente a ella y al lado de su padre, a quien parecía querer complacer en particular.

El alboroto provocado por el constante tintineo de cuchillos y entrechocar de copas no daba ni un solo momento de tregua; tan pronto se efectuaba un brindis como sonaba una trompeta o una salva. Tekla sintió cómo el vino se mezclaba con su sangre y se le subía a la cabeza, que cayó en un estado de dichosa semiinconsciencia. El señor Clement, deseoso de compartir sus atenciones y entretener a sus dos vecinos de mesa, al sentir los ojos de Tekla posados sobre él, se veía obligado a volverse a mirarla una y otra vez, hablarle, pues, aunque en esos momentos ella no podía oír sus palabras a causa de la algarabía, observó cómo le escuchaba con intensa atención, percibió cómo cada palabra que pronunciaban sus labios y lengua encontraba un eco en ella.

Terminada la cena, los comensales se levantaron dispuestos a dar un agradable paseo por la quinta. El señor Clement se emparejó a Tekla y caminaron bordeando la orilla del lago bajo los arcos redondeados de los alisos; se adentraron en las largas y rectas alamedas que surcaban la finca; descansaron en un cenador cubierto de embriagadoras ma-

dreselvas, y, por fin, llegaron hasta un montículo en el que se erguía un templete. Los mayores se sentaron en un banco y dejaron que los jóvenes subieran solos.

—Tengo una sensación curiosa —dijo el señor Clement, ahora avivado por el vino y por el apartamiento—; es como si fuéramos viejos conocidos.

Era la primera vez que dejaba de lado los asuntos más variados para abordar el tema que verdaderamente interesaba. La voz de Tekla adquirió otro tono cuando respondió:

—¡Pues claro, es que lo somos!

Por fin había logrado recordar su primer encuentro en la iglesia; el fuego encendido por su primer beso se avivó en aquellos momentos hasta arder en una esplendorosa llamarada.

—Fue una tarde maravillosa —asintió el señor Clement con expresión soñadora—. Nunca la olvidaré.

—¿No cree, señor Clement? —intervino Tekla, consciente de la necesidad de atizar las brasas recién encendidas—, ¿no cree usted que las almas son hermanas?

—Creo —respondió el joven con gesto profundo— que hay almas que nacen hermanas. Nosotros, por ejemplo. Cuando hablo con usted, siento que me entiende por completo, que no alberga pensamientos distintos a los míos, porque de lo contrario usted me contradiría y, entonces, ese vínculo invisible que nos une quedaría truncado y la simpatía entre nosotros se esfumaría. Si así fuera, creo que me daría cuenta.

—Sí —respondió Tekla mirando hacia la arena—. Siento como si cada palabra que usted dice expresara mi propio pensamiento. ¿No es extraño?

Al señor Clement eso le pareció algo maravilloso, de manera que procedió a desplegar el velo de lo extraordinario, lo inexplicable, que envolvió sus cavilaciones y sentimientos reales en una oscuridad mística, una ligera capa bajo la cual

les era dado moverse sin apenas restricciones, hablar con libertad como lo hacen los enmascarados, jugar a la gallina ciega sin encontrarse: ¡qué fantástico!

Los gritos de los padres pronto los devolvieron a la clara luz del día, y las trompetas a lo lejos anunciaron el inminente comienzo del baile en el granero.

—¿Baila usted, señorita? —preguntó el señor Clement.

—Sí, pero muy mal —respondió Tekla.

—¿Me concederá el primer minueto?

—Por supuesto que lo haré y con gusto, pues de lo contrario me veré en la obligación de permanecer sentada.

—¿Sentada? No, imposible.

—¿Imposible, por qué? Las poco agraciadas nunca encuentran pareja de baile.

—¿Poco agraciada? ¿De verdad cree usted que es poco agraciada?

—Sé que lo soy.

—Oh, está usted de broma, señorita Tekla.

—¿No se ha fijado en la nariz tan fea que tengo?

—No, eso no es cierto.

—Entonces es usted la primera persona que no la encuentra fea.

El baile ya había comenzado cuando los jóvenes hicieron su entrada en la pista. Rodeando a Tekla por la cintura, el señor Clement susurró:

—Ésta no es la primera vez que la tengo a usted en mis brazos.

Aun sin poder reprimir un leve temblor, Tekla le dio una palmada en la mano. Acto seguido se pusieron a revolotear de un lado a otro hasta detener la danza un rato después, exhaustos y sin aliento.

—Es usted una magnífica bailarina —dijo él.

—Es su benevolencia lo que le hace pensar eso.

La música acompañaba su conversación; los tonos pomposos les proporcionaban los acordes a los que ellos ponían

los solos. La audacia había crecido en el señor Clement, quien ahora ya no hablaba de otras cosas, sino que se aferraba al tema de interés mutuo; lo amasaba como quien hace un pan, dándole todas las formas posibles, lo aplastaba con el rodillo en una fina lámina y luego lo enrollaba en una bola que lanzaba al aire para luego recogerla, aplanarla, golpearla, pincharla y extenderla de nuevo sobre la mesa de trabajo.

—¿Recuerda, señorita, que la besé en la iglesia? —dijo por fin—. ¿Lo recuerda?

La música subrayó estas palabras ardientes con una *cadenza* y un redoble de tambores, lo que hizo que la respuesta de Tekla, emanada de unos pálidos labios que se movieron casi imperceptiblemente, fuera inaudible.

Acometieron entonces con frenesí una nueva danza cual derviches giradores que quisieran alcanzar el éxtasis para apagar los recuerdos del presente, y luego se detuvieron de nuevo. Él habló acerca de los ojos de ella, acerca de su cabello, acerca de sus manos, y finalmente acerca de sus deliciosos piecitos, mientras ella lo escuchaba con embeleso. Sentía como su ser se embellecía, crecía, se llenaba de la fuerza de los nervios de él, se renovaba con su sangre, respiraba por sus pulmones, hablaba por sus labios. A ratos se encontraba perdida, confusa, aniquilada, y ansiaba recuperar el alma que él le había absorbido; pero, por otro lado, le resultaba una delicia ser otra persona distinta a ella misma, transmigrar a otro cuerpo más fuerte, ser llevada por otras piernas, hacer gestos con otros brazos mientras una misma se abandonaba a descansar. Así era como él vendría a liberarla del trabajo de pensar, hablar y actuar; acudiría a ella cual el Redentor, que cargó con todos los pecados y cargas. Oh, qué goce poder dejar de vivir y sin embargo seguir viviendo.

Llegó la noche y el rocío cayó sobre las flores y la hierba. El sol se hundió en el horizonte, arrojando un resplandor

rosáceo sobre bahías e islotes, y las calas quedaron bañadas en un resplandor azul acerado como si fueran retales de cielo. La galera acababa de zarpar y se hallaba de nuevo llena de pasajeros. Tekla, sentada en cubierta, se tapaba los pies con el abrigo del señor Clement, quien se sentaba junto a ella, hablando sin cesar, inclinado hacia delante y con el cuerpo girado para poder mirarla a los ojos. Su madre dormía y su padre estaba en la antecámara del barco.

El señor Clement dio la espalda a las calas e islotes rosados para limitarse a contemplar los ojos de Tekla mientras continuaba con su torrencial parloteo. Se la comía y bebía con la mirada, la abrazaba y la besaba con sus palabras, exhalaba su aliento sobre ella como si fuera un bloque de nieve que quisiera derretir, la perseguía de escondite en escondite tratando de arrinconarla y obligarla a confesar; sin embargo, ella seguía escabulléndose una y otra vez para encontrar refugio en algún otro lugar.

Finalmente, él consiguió echarle el guante.

—¿Por qué bajaba usted por la calle Själagårdsgatan todos los días a mediodía? —preguntó audaz, con el valor que infunde a veces la propia cobardía y que convierte a alguien en héroe.

—Porque..., no sé... No se me ocurría otra cosa que hacer —respondió Tekla.

—No se le ocurría otra cosa... ¿Era acaso para...?

—¡Encontrarme con usted!

Ya estaba dicho. Acto seguido, él se levantó de un salto y se quitó el sombrero como queriendo ventilarse el sudor de la frente, liberar el peligroso exceso de presión que su recalentado cerebro había generado.

—¿Es cierto? ¿Es cierto entonces que está usted enamorada de mí?

—Es cierto —replicó vacilante Tekla, como sintiendo en aquel preciso momento la necesidad de ser sincera y, por

tanto, de tener que medir bien sus palabras.

La chispa había prendido y encendido el fuego. El señor Clement se pasó las dos horas siguientes intentando cerciorarse de que, en efecto, ella decía la verdad: tan increíble se le antojaba su buena estrella, tan inverosímil le resultaba la fábula de que ella pudiera amarlo.

Son entre las dos y las tres de la madrugada. Tekla está sentada junto al lecho de muerte de su madre en el diminuto cuarto al que se accede cruzando el zaguán. El doctor se ha marchado justo a medianoche, tras declarar que no hay esperanza alguna. Su padre ha sido convocado al puesto de guardia a la una en punto y, después de despedirse de su esposa, se ha marchado llorando.

La mecha del quinqué se ha consumido ya casi hasta el final y comienza a chisporrotear y a emitir un agónico silbido. Tekla renueva el aceite, coloca una mecha nueva, la enciende y vuelve a la silla. Acto seguido pierde su mirada en la tenue llama, la cual sólo alcanza a arrojar una mancha de luz en la oscura estancia, dibujando un anillo dorado en el techo. Lo único que ella puede distinguir en esos momentos es la candela y los frascos medicinales que reposan sobre el lavamanos. Botellas de cuarto de litro color verde mar con tapones amarillos, ampollas de cristal ambarino con el papel arrugado, botes negros con etiquetas blancas, cajitas llenas de polvos con pequeños sellos de lacre rojo. La cuchara descansa dentro de un vaso; el efecto óptico producido por el cristal hace que se vea del tamaño de un cucharón de servir. El medio limón parece una calabaza merced a las abultadas curvas procedentes de la fuente de luz. Todos los objetos cambian de forma y proporción en la falsa penumbra, dan lugar a impresiones desconcertantes en su cerebro,